

CARTA DE AMOR

¡Ay, querida! Cuando echo la vista atrás en el tiempo no puedo sino sonreír recordando tantos momentos que hemos pasado juntos. ¿Cuánto tiempo llevamos saliendo? Exactamente, mucho. Algunos dirían que demasiado. Yo digo que no existe tiempo suficiente como para disfrutarte del todo. ¿Recuerdas el día que nos conocimos? Recuerdo perfectamente aquél día, era el primero de mi largo período didáctico. Un recién destetado como yo se disponía a superar un día sin tener cerca el semblante familiar de mi progenitora para pasarlo rodeado de extraños. Por aquél entonces, tenía seis años y comenzaba primero de primaria. Recuerdo que no paraba de llorar, no quería ir a tal tétrico lugar. Sonaba vagamente a abandono materno en toda regla. Y no cesé de llorar hasta que te ví. Un lugar, por malo que parezca, no puede ser tan terrible si lo habita alguien tan hermoso. Ese fue el instante exacto en el que me enamoré de ti, ya no existiría nadie más. Aquel curso, todos los demás chicos sólo estarían interesados en lápices de colores y en meterse el dedo en el culo para comprobar que, efectivamente, lo suyo también huele mal. Sin embargo, yo ya estaría interesado en las mujeres. Más bien, en una sola mujer. No era capaz de entender porqué el resto no me atraían tanto como tú, ni nunca lo entendí. Eras la razón de mis erecciones precoces, de mis primeros toqueteos estimuladores, de mis reclusiones Ikikomori en mi casa provocadas por esas terribles quince horas que pasaba sin volverte a ver.

Y aún, con esa ansia, tardaría siete años en poder hablarte. Recuerdo aquél año como el año en el que cogí fuerzas. Poco a poco, me iba atreviendo a acercarme más a ti. Primero, te acompañaba fuera del colegio, yendo detrás de ti. Y después fui con más. Te iba siguiendo a todos lados, observándote en tu libre albedrío, sin que tú lo notases. Lo sé, no era muy apropiado pero yo era joven y no sabía hacer las cosas correctamente. Además, cariño mío, sabes perfectamente que funcionó. Cierta día, te diste cuenta de este hecho, te acercaste a mí y me dirigiste por primera vez la palabra. Me dijiste: “Deja ya de seguirme, subnormal”, exactamente. Lo cierto es que, para ser las primeras palabras que me dedicas, son bastante mejorables. Aquellas, en su momento, me destrozaron, me deprimieron hasta tal punto que intenté cortarme las venas con el cútex de las clases de Tecnología. Pero mi vano intento de suicidio acabó conmigo en el hospital con cortes leves en las muñecas y unas bonitas cicatrices a perpetuidad. Lo sé, puedo llegar a ser un tipo demasiado exagerado. Mi autoestima estaba por los suelos. Por suerte, vino mi madre a visitarme así que opté por contarle todo lo sucedido. Ella me respondió diciéndome aquello que más necesitaba oír: “Hijo mío, a veces hacemos un esfuerzo tal por no mostrar a los demás lo que sentimos que acabamos actuando de forma inversa a nuestros sentimientos”. Me explicó que la gente teme dejarse llevar por el corazón, generar un vínculo emocional, por miedo al rechazo de la otra persona o a que la relación se convierta en un cúmulo de infelicidad.

Esta inyección materna de moralina, en cambio, duró bastante poco, como sabrás, algo así como un año, con nosotros ya en el instituto. Ahora las tardes eran más largas y tú las aprovechabas saliendo con un chico, yendo juntos a todos lados. Ibáis al parque a comer pipas. Te dio a probar tu primera cerveza, acercándote al lado oscuro de lo poco correcto. Después, ocurrió lo peor. Un mal día, se te lanzó a la boca y tú te dejaste mancillar inconscientemente durante un buen rato. Fue el peor día de mi vida. No tuve otra que gritar, llorar y salir corriendo de aquél terrible espectáculo. Otra vez me deprimí resguardándome varios largos meses entre las paredes de mi cuarto, sin poder ver la luz del sol. Esta vez no intenté suicidarme, ya había madurado un poco, era como mayor. Sólo me quedé allí sin moverme, sin comer, observando consecutivamente el color blanquecino del techo dejando que las necesidades biológicas se acumulasen en mi ropa interior. Mi madre, preocupada como ella sola, lo intentó de todo. Me obligaron a ingerir alimentos. Me trataron como a un vegetal. Finalmente, un sanitario me sacó de casa, a pesar de mis negativas, y me llevó al instituto de nuevo. ¿Recuerdas lo mejorado que estaba? Flaco, blanco y hederoso. Y a pesar de todo, no podía dejar de mirarte a ti, la causa de mis males. Entonces, en uno de los descansos, te vi con otro chico, distinto del de la cerveza y las pipas. Tú no lo querías, ni al anterior ni a éste ni a ninguno de los que vendría después. Entendí que la razón de tu promiscuidad era por mantenerte entretenida hasta que yo, algún día, me decidiese a dar el paso. Me estabas esperando, no podías no estar enamorada de mí. Sólo a mí, soy el única al que siempre has querido. Así que, aunque me costó, me acostumbré a verte cada cierto tiempo con un tipo distinto esperando a que me lanzase.

¿Por qué recordar todos estos tiempos malos? Porque los tiempos malos son los que forman a las personas y las relaciones. Los tiempos buenos son los que nos permiten disfrutar. ¿Recuerdas el día que me declaré? Fue el último día de clase, el día de la graduación. Todos salíais con vuestros diplomas, orgullosos de haber acabado ya el instituto. Yo no, tendría que esperar a septiembre para eso. Te seguí, como todos los días, pero aquél era especial. Era mi última oportunidad. Ese día me propuse hacerlo todo bien. Me puse incluso mis mejores galas y me embadurné el pelo con gomina. Esperaba al mejor momento para entrarte, pero ese momento no parecía llegar. Así que aproveché que estabas sola, me acerqué saliendo de las sombras y te declaré lo que sentía. Te lo conté todo, todo lo que pasó en los últimos años. Tú carcajaste de emoción, había llegado el momento que tanto esperabas. Intenté robarte un beso como pude pero tú te hacías la dura,

mostrando lo mucho que te costaba ligarte emocionalmente a alguien. Conforme me iba acercando, tú te alejabas. Insistía. Te agarré de los hombros con tal de pararte. Me empujaste fuerte. Me eché hacia atrás. Con el esfuerzo, resbalaste y caíste mal. Otra vez, las ganas de morir, la depresión, la impotencia. No era capaz de creer lo que acababa de pasar. Sin embargo, pronto se acabó mi malestar. Mi madre me había enseñado que nunca había que dar nada por perdido aunque así lo pareciese. Y así, amor, seguí su enseñanza. Cogí tu cuerpo y te traje aquí, a mi sótano, para ser felices para siempre. Aquella fue la más maravillosa de nuestras noches. ¿Verdad que sí? Cuánto amor hemos sufrido.

Sé que te preguntarás porqué te digo todo esto, porqué recordar el pasado. Sólo quiero decirte que te quiero, que tú me has enseñado a ser como soy hoy y me has enseñado que no hay mujer que no esté a mi alcance. Decirte que lo nuestro, tal y como empezó, ambos sabíamos que no podía durar para siempre, que debe haber un límite. Cariño, sabes que siempre te amaré, pero ese límite ha llegado. Nuestra relación se ha descompuesto y no puedo seguir fingiendo que puedo soportarla. Espero que lo entiendas y que, allá donde vayas, seas extremadamente feliz. No te preocupes, que dentro de unos años nos volveremos a ver en el otro lado pero aún no ha llegado mi momento. Sabes que nunca encontraré a nadie tan perfecta y que siempre te tendré en mi corazón.

Adiós.

© 2007 Albert Woodgate, <http://www.gorzas.es>. Se permite su copia bajo los términos de la licencia Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España License.